

Históricas Digital

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer

“Estudio introductorio”

p. 11-18

Juan Antonio Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 6. Descubrimiento y conquista

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2016

400 p. + [XVI]

Figuras

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-02-7642-2 (volumen 6)

Formato: PDF

Publicado en línea: 10 de diciembre de 2019

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/658/descubrimiento_conquista.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



Estudio introductorio

11

Los temas del descubrimiento de América y la conquista de México van al parejo en el interés de Ortega y Medina por nuestro pasado y son, además, cruciales en su propia justificación vital. Llegado a México en 1940, exiliado por haber peleado en las filas republicanas durante la Guerra Civil Española, encontró un gobierno que lo recibía con los brazos abiertos pero que, a la vez, recién salido, como España, de una larga y devastadora revolución, alentaba en su búsqueda de una nueva identidad el pasado indígena mexicano que los españoles habían trastocado.

Precisamente esta preocupación aparece en la primera publicación de Ortega de la que tenemos noticia y que contiene el resultado de una investigación que llevó a cabo cuando estudiaba en la Escuela Normal de Maestros. Por tratarse de un antecedente importante en la obra orteguiana comentaremos algunos aspectos de este *Ensayo sobre la conquista española. Sus antecedentes económicos, humanistas y la proyección de éstos en ella*.¹ La interpretación económica estaba en boga, por supuesto, pero es el antecedente “humanista”

¹ Se publicó en 1943 en forma de folleto, escrito al alimón con un compañero de estudios, Manuel Jiménez Marín. La visión expuesta entonces la repitió Ortega, ya más elaborada, en “Antecedentes de la Conquista: *philosophia Christi* y Contrarreforma” en Jorge Gurría Lacroix (ed.), *Cortés ante la juventud*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1949, que también se presenta en este volumen.



el que sin duda fue introducido por Ortega. Así, los noveles autores decidieron presentar con objetividad algunos hechos de la historia de España sin la cual la historia de Occidente quedaría “vacía y tan sin objeto”. Tanto los arredraba en aquellos momentos dicha tarea que así se justificaron:

Necesaria y casi fatalmente, este estudio sereno y desapasionado nos lleva a la rectificación y al descubrimiento de afirmaciones que hasta hace poco hemos tenido como buenas. Efectuaremos en consecuencia un reajuste de opiniones y rogamos se nos perdone el que a veces aparezca un tanto de parcialidad en las ideas debido al calor que se pone al exponerlas, más bien que a un malentendido patriotismo.²

A lo largo del texto y por lo delicado de su propósito que no era sino presentar una imagen más humana que la que se tenía del conquistador español, aparecen machaconamente las declaraciones acerca de la imparcialidad y la objetividad históricas, a la vez que la advertencia de que no se trata de justificar a ningún personaje.³ Lo mismo sucede con las referencias al materialismo histórico. Si bien por un lado afirman que los acontecimientos históricos tienen su origen en las condiciones económicas del momento, por el otro asientan:

Se nos podrá argüir que en la simple determinación económica podemos encontrar la respuesta, pero a los que así se expresan, bien les podemos recordar que la recta interpretación dialéctica materialista rechaza el monismo, y no afirma ni con mucho, que toda la historia pueda explicarse por el simple dato económico, cosa que por lo demás no excluye que se le considere como esencial.⁴

Por lo que se refiere a las fuentes, abundan autores de renombre tanto de historiadores mexicanos como españoles, desde Miguel Othón de Mendizábal, Silvio Zavala o Carlos Pereyra hasta Marcelino Menéndez y Pelayo, Ramón Menéndez Pidal o José Gaos. Tampoco deja de estar presente la historiografía

2 *Ensayo sobre la conquista española*, p. 5-7.

3 *Ibid.*, p. 30, 34 y 37.

4 *Ibid.*, p. 7.

marxista, aunque en este caso para defender a los conquistadores españoles, al exaltar la figura de Yermack, conquistador de Siberia en el siglo XVI:

También el conquistador ruso contemporáneo de Cortés, cayó sobre las tribus siberianas en son de guerra y conquista; no obstante, la URSS, el país donde se hacen realidad los avances sociales, reconoce que dentro del concepto dialéctico materialista de la historia, Yermack supone una realidad creadora y revolucionaria si lo consideramos en atención al desenvolvimiento dialéctico que presupone salto o “abreviación de la evolución”, justificándose con ello la realidad de la demoledora frase de Marx: “La historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases”.⁵

Nuestros autores elogian por supuesto al padre Las Casas, aunque reducen la cifra de los indígenas que murieron a manos de los conquistadores españoles, al atribuir muchas de las muertes a las enfermedades que aquéllos y sus animales trajeron a América. Por otro lado, cuentan a favor de la conquista la evangelización de los frailes, el humanismo español, los ideales de la época y, no menos, el muy humano deseo de fortuna, seguridad, libertad y “el afán de riqueza en cuanto consideraron que el disfrute y goce de éstas no habían de dañar a Dios y pensaban que no es el hombre pobre el más grato a Dios sino el que las tiene mayores.”⁶

En suma, nuestros jóvenes normalistas concluyen que la conquista había sido obra del individualismo español, que terminó siendo domado por la corona de los Habsburgo al establecer una colonización controlada en extremo. Por lo que se refiere a la evangelización, la apreciación es similar. Hubo una primera tendencia humanista, la de la *philosophia Christi*, sostenida por Carlos V, el último monarca cristiano con miras universales, pero pronto sustituida por la de la Iglesia católica de la Contrarreforma. Mas la lección final era que, ante el hecho consumado de tres siglos de historia colonial con sólo unos inicios rescatables, no queda sino superar ese pasado al destacar el valor del mestizaje. De un mestizo que surge de la unión del indio con el siete veces mestizo español.⁷

5 *Ibid.*, p. 34.

6 *Ibid.*, p. 28.

7 *Ibid.*, p. 59.



Todas estas ideas las desarrolló Ortega y Medina en sus obras más importantes, ya fueran sus libros o artículos que sobre la Reforma, la rivalidad anglo-hispana o la leyenda negra escribió. Pero hay otro tema del que también se ocupa este volumen: el del descubrimiento de América que marcha a la par con el de la conquista y del que Ortega nos dejó un estudio historiográfico que adelantó con el pretexto de la llegada de los festejos del Quinto Centenario en 1992. Pensaba celebrar en España pero no lo hizo porque falleció unos meses antes.

La idea colombina del descubrimiento desde México (1836-1986) se inserta en la temática amplia de Ortega que es la de la historiografía mexicana y en otra más estrecha que se refiere a nuestra herencia hispana y a nuestra propia identidad, misma que no puede esclarecerse sin tomar en cuenta una visión muy arraigada de lo español, la que dejaron los calvinistas de Holanda e Inglaterra.

Ortega presenta la personalidad y los viajes de Cristóbal Colón mediante lo que escribieron alrededor de una veintena de autores entre los que destacan José María de Bustamante, Joaquín García Icazbalceta, Justo Sierra, Carlos Pereyra, Alfonso Reyes, José Vasconcelos y Edmundo O’Gorman.

Nos encontramos en un principio con el rechazo a la figura de Colón, fruto del antihispanismo que siguió a la guerra de Independencia. Sin embargo, hacia 1845 se observa un cambio en el que, aunque se minimiza todavía la herencia española, el romanticismo ha creado un Colón santo y visionario. En este caso, Ortega no subestima la influencia del escritor norteamericano Washington Irving. Así, a partir de mediados del siglo XIX, y según las circunstancias se exalta o detracta al descubridor. En el primer caso, se presenta a Colón como una mezcla de héroe y sabio, casi siempre instrumento de la providencia; de ello deriva que los miembros de la Junta de Salamanca sean vistos como unos tontos, por decir lo menos; un Martín Alonso Pinzón que le tiene envidia a Colón sólo le causa problemas y un Américo Vesputio que le robó la gloria del nombre de las nuevas tierras. Pero también sucede que se le resta estatura al almirante; se señalan sus errores geográficos, se le da la razón a la Junta de Salamanca, se enaltece a Pinzón y se declara inocente a Vesputio, quien no había tenido nada que ver con que se le diera su nombre a lo que él había llamado la cuarta parte de la tierra.

Huelga decir que en el caso de las alabanzas a Colón se deja sentir la influencia de la Leyenda Negra que niega todo mérito a España. Se debe exaltar



el descubrimiento de América –que ofreció a los puritanos la oportunidad, aunque todavía no cumplida, de establecer el reino de Dios en la tierra– porque fue obra de un genovés que parece haberlo hecho todo él solo. Pero a raíz de la celebración del cuarto centenario del descubrimiento, sin restarle méritos a Colón, se le da a España el crédito debido y, a la vez –lo cual no es de menor importancia–, se comienza a reconocer el doble origen de nuestras raíces y a establecer las diferencias que nos separan de los estadounidenses, al enaltecer a la raza iberoamericana o mestiza.

A Ortega le preocupa no sólo el significado de la persona de Colón sino también lo que hizo, lo cual aporta más elementos a su evaluación de lo hispano. Todos saben que Colón descubrió América, pero en el hecho del descubrimiento Ortega ve una gran contradicción, misma que no parecen ver o no preocupa a los dedicados a tributar indiscriminadas loas al genovés. A saber, que Colón salió a buscar una cosa y encontró otra, aunque él creyó encontrar lo que buscaba, lo cual tampoco estaba en desacuerdo con sus equivocados conceptos geográficos basados en Ptolomeo.

Quienes son conscientes de esta contradicción se aproximan a ella de diferentes maneras. Colón salió a buscar Catay y Cipango y se encontró con otras tierras, hecho que siempre ignoró; sin embargo, le cabe la gloria de ser su descubridor porque no era sino un instrumento en la mano de Dios. Una variante de esta interpretación es que, aunque se reconoce lo equivocado de sus cálculos sobre la extensión del océano, por casualidad encontró unas tierras que no eran las que buscaba. En ambos casos Ortega capta a veces una segunda intención: que no hubo contribución española ni en el terreno científico ni en el técnico. Ortega lleva su discurso sobre el asunto de la contradicción a la tesis de Edmundo O’Gorman: América no fue descubierta sino inventada poco a poco por los europeos. En el camino de su disertación Ortega profundiza en la aportación de lúcidos pensadores como Antonio Caso, Alfonso Reyes y José Vasconcelos, quienes se aproximaron con madurez al tema colombino y escribieron la defensa de la raza mestiza.

Dado que Ortega escribió su libro ante la proximidad de la celebración del quinto centenario del primer viaje colombino, hace un recuento de la celebración de otros centenarios. Un ejemplo es el festejo de los trescientos años en Estados Unidos en 1792, poco después de haber alcanzado la independencia y cuando era presidente George Washington. Ortega no deja de señalar que los estadounidenses recordarán a Colón, probablemente como



una reacción contra Inglaterra, cuando pocos años después, en México se rechazó la herencia hispánica a raíz de la independencia.

A Ortega le interesa más el cuarto centenario, que Italia había querido capitalizar pero al que también España convocó a las naciones iberoamericanas a celebrar. Da cuenta de todo lo que se hizo en España en esa ocasión, que fue mucho y muy lucido, para acabar con los malentendidos por la versión errónea que se le ha querido dar debido a la difícil relación entre España y Cuba entonces. También aprovecha para reflexionar sobre lo que podría hacerse ahora y reiterar el reconocimiento del mestizaje y para afirmar que una de nuestras raíces, la española, está presente entre otras muchas cosas en el arte barroco o en toda nuestra literatura, la pasada y la presente.

Conviene, para finalizar, sacar a colación dos ejemplos –y podrían citarse muchos más– que ilustran bien al historiador maduro que es Ortega y Medina. Con motivo de los festejos del cuarto centenario del descubrimiento aquí en México, don Justo Sierra leyó por la mañana del 12 de octubre una poesía y, por la tarde del mismo día, un ensayo, ambos sobre Colón. Ortega no podía dejar pasar por alto la oportunidad, al encontrarse con un poeta-historiador, de recordar, aunque con un dejo de ironía pide perdón por hacerlo, las famosas palabras de Aristóteles en el noveno libro de la *Poética* sobre la historia y la poesía. Aristóteles no es una persona grata a los historiadores, a quienes considera poco en su obra. En ésta, tan vasta y tan variada, se refiere sólo dos veces a la historia: una, casualmente en su *Retórica*, cuando comenta que el político debe saber, entre otras cosas, historia; la otra, la ya mencionada de la *Poética*, a saber, que la poesía dice verdades sobre el hombre y la historia lo que hizo Alcibíades; una es general, la otra particular. Ortega y Medina no le corrige la pluma al estagirita, explica únicamente sus ideas y por qué las ha recordado:

Y en llegando a este punto es muy probable que alguien se pregunte a cuento de qué y qué tiene que ver Justo Sierra con los contrapuestos valores que el filósofo griego encontró entre la poesía y la historia; pues bien, consideremos que algo, si no es que mucho, tendrá que ver, dado que sobre un mismo suceso ensaya Justo Sierra dos interpretaciones que de hecho se oponen y que dejan al presunto lector indeciso ante las *dos verdades* (la poética y la histórica) o lo inclinan decididamente por la una o por la otra. Empero pudiera suceder que ambas fueran recíprocamente



complementarias, y calculando que así pudiese acontecer es por lo que decidimos exponer la versión poética y la versión crítico-histórica [...].⁸

Es de recomendarse la lectura cuidadosa del poema de Sierra y del comentario que Ortega hace del ensayo. Como acostumbraba, don Juan Ortega habla veladamente del oficio del historiador, pero deja al lector que lea entre líneas y saque sus propias conclusiones.

El otro ejemplo al que se hizo referencia trata de una polémica en el Congreso de la Unión de México en 1934. El asunto es por demás muy divertido y Ortega se solaza con él. En ese año se llevó a la Cámara de Diputados el proyecto de adoptar la Bandera de la Raza diseñada el año anterior en Paraguay. Dicho lábaro tenía tres cruces moradas, las de las carabelas, que hicieron que el diputado Manlio Fabio Altamirano, de Veracruz, lo rechazara: tanto por las cruces como por el color morado que era el del Vaticano. Ortega, ajeno a la ceguera de la intolerancia, comenta:

Nadie por supuesto se preguntó si la cruz era o no el horrendo símbolo que Manlio Fabio Altamirano denunciaba, y sin que nadie quisiese reflexionar que gracias a la cruz la amenazada civilización occidental fue y es lo que hoy es pese a los bárbaros nórdicos, los hunos, mongoles, turcos y moros, porque el siglo *xvi* marca el decisivo giro de Occidente, que permitió que la amenaza asiática de siglos dejase de presionar.⁹

En suma, esta obra de Ortega y Medina constituye una concienzuda investigación historiográfica de varias vertientes de la que resulta, como no era otra cosa de esperarse en la madurez de un incansable buscador de la reivindicación de España y comprensión de lo mexicano, una loa a la dignidad del mestizo. Ortega, como los viajeros que llegaron a México en el siglo *xix* y que él tanto estudió, llegó de España y permaneció entre nosotros. En estas tierras que le recordaban mucho la propia pero en las que encontraba también lo extraño, lo ajeno, pudo distinguir nuestra doble herencia y apreciar lo propio del mestizo, que a nosotros se nos escapa por sernos tan familiar.

⁸ *Ibid.*, p. 34.

⁹ *Ibid.*, p. 56.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS